

¿PODRÁN LOS ROBOTS SER CONSIDERADOS PERSONAS EN UN FUTURO?

Desde que a mediados del siglo XX se creó el término Inteligencia Artificial, numerosos filósofos y pensadores se han preguntado en qué momento podríamos considerar que una máquina posee inteligencia. Hoy en día, el debate va más allá y plantea una cuestión cuya respuesta influirá en gran medida en nuestro futuro, y es que ahora el dilema se basa en si, en algún momento, un ser completamente artificial podría llegar a ser considerado una persona. Ya en 1950, Alan Turing creó su famoso test, este nos permite determinar cuándo una máquina posee un comportamiento inteligente. Pero, ¿es esto suficiente para catalogar a una máquina igual que a una persona?

Cuando empezamos a reflexionar sobre si en un futuro podremos equiparar las máquinas con las personas, lo primero que hacemos es rechazar esta posibilidad. Esto se debe a que temas como este, innovadores, sin precedentes y que constituyen un importante cambio en nuestra manera de ver el mundo; representan también una amenaza para la comodidad en la que vivimos. Si, por ejemplo, hiciéramos una encuesta tanto a jóvenes como a adultos, planteándoles esta misma cuestión, obtendríamos como resultado que, en su mayoría, todos, sin ni siquiera pensarlo, se opondrían a aceptarlo. Pero el problema llega cuando preguntas por qué, cuando la persona tiene que pensar qué es lo que le lleva a negar esta posibilidad pues, generalmente, esta respuesta no ha sido reflexionada sino que automática. Normalmente tendemos a pensar que ninguna cosa o animal puede ocupar nuestro lugar de criatura inteligente, vivimos muy cómodos siendo los únicos, por ello cuando alguien se atreve a dudar de nuestra hegemonía, nuestro lado más testarudo empieza a asomar a la superficie. Este es nuestro lado más antiguo, más instintivo, que toma control cuando hablamos de dilemas que pueden afectar a nuestra manera de ver el mundo, a valores que hemos aprendido desde pequeños, que hemos automatizado y aceptado como nuestros. Sin embargo, si analizamos la pregunta detenidamente nos daremos cuenta de que, aunque hoy en día es imposible decir que las máquinas son iguales a las personas, en un futuro podrán desarrollarse tanto que será difícil diferenciarlas de nosotros.

Una de las pruebas determinantes que las máquinas tienen que superar para poder plantearnos considerarlas personas, es que puedan pensar, es decir, que sean inteligentes. Lo primero es saber qué es la inteligencia, para John McCarthy esta es la capacidad de adaptación al cambio mediante el uso de la información obtenida, mientras que para Newell y Simon, es la capacidad de manipular símbolos. Ambas definiciones confirman que, hoy en día, las máquinas son inteligentes. Imaginémonos una máquina de ajedrez, esta es capaz de decidir sus movimientos basándose en los que realiza de su adversario, es decir, puede adaptarse al medio, al igual, que posee la habilidad reconocer unos símbolos, como lo son la posición de las piezas sobre el tablero. Por ello, el mismo Newell enunció: "La Máquina de Ajedrez: Un ejemplo de cómo tratar una tarea compleja mediante la adaptación". Otro modo de comprobar si las máquinas son inteligentes se basa en la realización del test de Turing. Alan Turing consideraba que en el momento en el que un individuo mantuviera una conversación con un programa de inteligencia artificial y este individuo no fuera capaz de diferenciar si está comunicándose con otra persona o con una máquina, tendríamos Inteligencia Artificial. Recientemente, se ha conseguido que un programa pase dicho test, esto quiere decir que, la principal prueba que teníamos para negar la capacidad de pensamiento de las máquinas, ha sido superada, es decir, las máquinas piensan y son inteligentes.

Ahora bien, el mayor dilema es si podemos categorizar un robot en el mismo lugar que un humano. Primeramente, ¿cuáles son las características que nos definen como personas? Entre ellas están, además de nuestros rasgos anatómicos y fisiológicos, el pensamiento, la capacidad de razonar y de sentir, de cambiar y de adaptarnos... Ahora imaginemos que somos capaces de crear una vida artificial capaz de desarrollar estas habilidades. Posibilidad que, desde que hemos sido capaces de crear órganos idénticos a los nuestros, hemos elaborado sistemas informáticos capaces de razonar, robots que pueden sentir algo similar a las emociones, capaces de recibir estímulos y almacenar recuerdos, no parece tan lejana. ¿La consideraríamos entonces una persona?

Sin embargo lograrlo no es sencillo, los humanos somos unos seres muy complicados y que ni nosotros mismos entendemos, no solo poseemos inteligencia, también imaginación, capacidad de sentir emociones, de crear nuestra propia

personalidad... Otro de los indicadores de nuestra complejidad es la capacidad de cambiar. Todos nosotros poseemos prejuicios que son comparables a la programación de una máquina, pero existe una gran diferencia: somos capaces de cambiarlos, somos capaces de crecer con la experiencia, de crear una mejor versión de nosotros mismos.

Lo que vivimos nos modela, como Ortega y Gasset diría “yo soy yo y mi circunstancia”, es decir, una persona se compone de lo que ha vivido y lo que es ahora. Si aplicamos esto al problema que aquí tratamos, nos daremos cuenta de lo difícil que es crear un autómatas que pueda ser clasificado como persona, pues, ¿cuáles serían sus circunstancias?

Además, al igual que podemos mejorar, también podemos empeorar o simplemente elegir una opción que a priori no parece la más lógica. Y he aquí, otra gran diferencia, un humano se equivoca y además, fácilmente; esto se debe a que nosotros somos libres de tomar nuestras propias decisiones, a que no estamos delimitados por un programa informático, ni seguimos unas leyes universales que nos digan qué es lo más correcto en cada situación. Intentar reproducir esta condición es muy difícil y además, siendo honesta, poco rentable, pues, ¿de qué nos sirve una máquina que cometa errores? Del mismo modo, las personas no se crean porque tengan una utilidad, al contrario que las máquinas; y esto es uno de los hechos que crean un vacío casi irreparable entre personas y robots.

Aún después de analizar qué características debería poseer una máquina para ser tratada como una persona, la respuesta a este dilema sigue siendo simple, ‘solo si nosotros queremos’. Como Nietzsche decía, los conceptos, las palabras no son más que metáforas creadas por los humanos para designar a la realidad, aunque existen ocasiones en las que estos términos no se adecuan a lo que nos rodea, por ejemplo, ¿por qué una goma es femenina y un bolígrafo masculino?, ¿o la hierba femenina y el césped masculino? Esta diferencia no existe en la realidad, sino que, la hemos inventado nosotros. El lenguaje no es más que un medio que nosotros mismos hemos creado para facilitar la comunicación con quienes nos rodean. Y al igual que el lenguaje, hemos fabricado las etiquetas, a ello me refiero cuando digo que la posibilidad de catalogar a las máquinas como personas solo depende de nosotros, pues somos las personas las que nos

ocupamos de conferir etiquetas a todo lo que conocemos, somos las personas las que decidimos si incluiremos una u otra cosa en una u otra etiqueta y por ello, somos nosotros y solo nosotros los que podemos decidir sobre ello. Entonces, en el caso de que consiguiéramos crear una máquina idéntica al ser humano, ¿podría ser teóricamente clasificada como persona? La respuesta es que técnicamente sí, pero lo teórico no es siempre igual a lo real. Esta decisión depende de nosotros y como he señalado anteriormente, el ser humano está tremendamente asustado del cambio. Por eso creo que la construcción de esta máquina ideal implicaría mucho menos tiempo del que nos llevaría aceptar que un ser artificial pueda ser igual que nosotros.

En conclusión, las máquinas podrían ser considerada personas, si adquirieran la capacidad de pensar, de cambiar su “programación”, es decir, fueran dotadas de libertad, pudieran cambiar y mejorar con la experiencia, al igual que equivocarse, y sobre todo, en el momento en el que se dejaran de construir por utilidad. De igual forma, no solo depende de las máquinas en sí, sino que también de nosotros mismos, de que cambiemos nuestra mentalidad y nos abramos a los cambios del futuro. Todo ello sin olvidar, que la recreación de nuestros rasgos más distintivos es una empresa muy complicada, aunque no imposible. Si la imaginación no tiene límites, ¿por qué han de tenerlos nuestros inventos?

Pseudónimo: Arendt